



Morelia, Mich., 12 de diciembre de 1966.

Tocó esta vez al suscrito, acompañado del señor Mario Silva, amigo y Benefactor de la Obra Salesiana, encomendar el alma del Sacerdote Salesiano

Francisco Gámez Carrillo en sus últimos instantes.

A quien hoy recordamos nació el 12 de agosto de 1911,
en Zahuaripa, Sonora.

Probó la orfandad desde sus primeros años.

Ingresó al Aspirantado Salesiano de San Juanico, en México, D. F., el año 1924.

El 24 de septiembre de 1928 entró al Noviciado Salesiano, de La Habana, Cuba, y el 24 de diciembre de ese mismo año recibió el hábito de la Congregación.

Hizo su profesión como religioso perpetuo el 29 de enero de 1935.

El año de 1938 principió la Teología en el Instituto Teológico Salesiano de Monte Ortone (Abano Terme), Padua, Italia; que concluyó el año de 1942, en que recibió la ordenación sacerdotal de manos de su Excelencia Reverendísima Monseñor Carlos Agostini, el 29 de junio de ese año.

Su ministerio sacerdotal lo inició como capellán militar. Las heridas, que sufrió durante los años de este apostolado, afectaron considerablemente su organismo, recrudeciendo las consecuencias durante los últimos tiempos de su vida.

Regresó a México el año 1946, e inmediatamente inició su labor sacerdotal y docente en la ciudad de Guadalajara, Jalisco, designado Consejero Escolar del Colegio Anáhuac. Posteriormente desempeñó diversos cargos.

Fue sometido el año 1950 a una delicadísima intervención de neurocirugía en el Sistema Parasimpático, debido a un trauma de la guerra, que minó sus facultades físicas.

Fue titular de varias cátedras en las Facultades de Derecho e Ingeniería, de la Universidad Autónoma de Guadalajara, y en la Escuela Preparatoria de la misma Universidad.

Se prodigó sin medida en un apostolado fecundo en favor de los pobres, de los enfermos, de los amigos, de los Exalumnos y de todos cuantos necesitaban de él.

Como Director que fui del padre Gámez, encontré en sus modos rudos, un alma llena de espiritualidad.

No puedo menos que afirmar que fue salesiano observante, dentro de lo que permite la flaqueza humana; que hizo lema de su vida el “Diligite alterutrum”; la dinámica teología de Pablo; y la sabia admonestación de Pedro: “Ejerced la caridad, que cubre la multitud de los pecados”.

Aunque de aspecto tosco, tenía un corazón de niño, con el afecto de esa edad, y confundido, agradecía a Dios las finezas de que era objeto de toda clase de personas, en los momentos cruciales de su enfermedad. Decía que Dios lo amaba con un amor descarado.

Los sufrimientos se tornaron dulces para él, porque se sintió amado y probó la alegría de verse rodeado de amigos y hermanos.

Expresó repetidas veces su deseo de morir en la ciudad de Guadalajara y en un día dedicado a la Virgen. Imagino que así como la Inmaculada recibió a los niños de Don Bosco, en el primer Oratorio, así habrá recibido a él, bajo la protección de su seguro auxilio, a las 10 de la mañana del día 8 de diciembre de 1966.

Se puede decir que Dios lo bendijo con un singular don de gentes y de almas.

Un año antes de su muerte, y reducido a un guíñapo con peso de 35 kilos, desahuciado de los médicos y sin contar ya ni siquiera con su notable corpulencia, superó la crisis y Dios Nuestro Señor le otorgó, en sus designios, un año más para preparar su muerte.

El afecto palpable en su sepelio, fue una constancia de que siempre supo ser hombre, cristiano y sacerdote.

El hombre fuerte, el hombre rudo estaba lleno de caridad

para con todos; y no había ninguna razón para él más fuerte que el mandato divino ampliamente vivido.

Fue trivial con frecuencia, pero con el equilibrio del que es caballero, como lema, para toda la vida.

Supo de orfandad, de malos tratos, de desilusiones, de desprecios, de incomprendiciones, de traiciones y de engaños; y aun conociendo el vilipendio lo afrontó, si tras él se podía hacer un poco de bien. Y esta obligación humana y sacramentalmente contraída por él, lo acompañó toda su vida.

Confiando en la misericordia grande del Señor y pidiendo una oración por su alma, concluyó transcribiendo unas líneas escritas por su puño y letra en un documento que al momento de morir traía en su cartera:

Cristo piadoso que en la cruz clavado
El pecho muestras, por mi amor herido:
Lava en tu sangre, con eterno olvido,
La mancha torpe de mi vil pecado.

Por ser fuente de bienes, me has amado;
Por serlo yo de males, te he ofendido
Y tus justos preceptos desechado.

Con real palabra te obligaste a darmel
Tus bienes, cuando yo te los pidiera;
Esta es, Señor, mi petición postrera:

Si moriste por sólo perdonarme...
¡Perdóname, Señor, antes que muera!

SAÚL LEMUS GÓMEZ, S.D.B.
Director